

embargo no podían valerse para colocarse en lugar seguro.

Las primeras víctimas del desastre por parte de los mexicanos fueron los dos coroneles y los dos tenientes coroneles de los cuerpos que habían ascendido, y, naturalmente, esto contribuyó á causar el pánico de que los nuestros se aprovecharon.

Nuestras pérdidas fueron insignificantes; las de los mexicanos, enormes. El capitán Dietrie, con el traje hecho criba por las innumerables balas que le habían tocado, no tenía sino una herida, que afortunadamente no era de peligro, en la mano derecha. El valiente capitán, que había sido propuesto para el grado inmediato por su brillante conducta en Barranca Seca, tuvo opción á otro ascenso más por esta jornada, que merecía haberse relatado por Alejandro Dumas y llevado á cabo por Cyrano de Bergerac.

»Figuraos vos, que sois discreto, mi situación ante todas aquellas cosas. Mientras Zaragoza estuvo tiroteando á Orizaba, ideé fugarme pasándome al campo francés; mas desgraciadamente estaba encomendado á la custodia de un jefe mexicano que fiaba en mi palabra, dejándome en absoluta libertad, y, naturalmente, no pude evadirme ni intentar nada.

Los tiros que los mexicanos despachaban contra las trincheras francesas se me figuraban dotados de una per-



versa atingencia que les hacía causar grandes daños, al paso que los cañones franceses me parecían mal dirigidos y cargados con balas de mazapán como los fusiles de los cuentos.

»Pero el desastre del Borrego debía ser la señal del desmayo y la caída del ejército mexicano. Pocos días más duró frente á la población y acabó por levantar el sitio dejando libres á los franceses.

»Si recordáis nuestra situación, tendréis presente que la llave de nuestras operaciones consistía en nuestra comunicación expedita con el mar. Veracruz significaba para nosotros, no sólo la proximidad á la flota, la seguridad de vivir unidos con nuestra patria, el auxilio pronto y eficaz de los refuerzos que no tardarían en venir, ya que el Emperador no podía querer que se agotara el corto efectivo que tenía en estas tierras, sino también la necesidad de proteger á nuestros compatriotas, á nuestros hermanos que se hallan expuestos á los rigores del clima y á los ataques de los contrarios.

Apenas supimos el revés del cinco de Mayo, Zaragoza ordenó á La Llave que tratara de copar á los pobres franceses de Veracruz. No necesitaba de estas excitativas La Llave: envió sus guerrillas contra nuestras avanzadas, después las encaminó contra la plaza, y al fin fué tal la osadía de estas gentes, que acabaron por retar á los franceses á combate diario dentro de la población.

»Figuraos la situación de aquellas pobres gentes, encerradas dentro de los muros, rodeadas de una población hostil, atacadas constantemente por las bandas mexicanas y agotadas por un enemigo mil veces peor: el terrible vómito negro. Verdaderas aventuras dignas de los héroes de la Mesa Redonda, eran las que tenían que emprender nuestras gentes para impedir que los mexicanos se apoderaran de los convoyes, cortaran nuestras escoltas, destruyeran las calzadas y volaran los puentes.



EL GENERAL LA LLAVE

»Sucede á veces que sale convenientemente custodiada una recua con provisiones; delante de ella, marcha una avanzada que explora el terreno adelante, atrás, á los lados, registra las barrancas, examina los matorrales y acaba por declarar que no hay novedad ninguna. Avanzan los carros cargados, las mulas fatigadas, los arrieros indi-



ferentes, y no tardan en aparecer los sombreros galoneados, las blusas rojas, los caballitos que se quiebran á la menor indicación de la rienda. Vuelve el grueso de la fuerza, suenan tiros, hay alarma, carreras, gritos... cuando se le busca ya el enemigo huyó llevándose media docena de mulas, matando dos ó tres arrieros... para volver á aparecer media legua más allá. Así os explicaréis que nuestros convoyes alcancen á hacer, en doce ó quince días, tramos de siete ú ocho leguas... Nada os digo cuando llueve á torrentes; el camino se desgaja, los arroyos se vuelven ríos y los ríos mares; se atascan los carros, juran los carreros y de entre los matorrales empiezan á salir tiros del enemigo, que se escapa como si fuera de azogue.

»Por eso se nos ha reducido á media ración de pan y de vino; por eso permanecemos muchos días creyendo en la proximidad de un sitio hábilmente preparado merced á la escasez de víveres.

»Afortunadamente para nosotros, no ha habido un solo día en que la habilidad de nuestros soldados no consiga triunfar de la audacia de los mexicanos.

»Sabréis quizá que á fines de Junio, después de los sucesos del Borrego, fuimos puestos en libertad Jupin y yo y los siete soldados que se encuentran sanos de las heridas que sufrieron el cinco de Mayo. Otra media docena de soldados está todavía en el hospital mexicano,

restableciéndose; mutilaciones y ablaciones de miembros, que les han sido atendidas con verdadera solicitud por vuestros cirujanos.

»No os podéis figurar el goce con que fuimos recibidos por nuestros camaradas. A todos se nos creía muertos, y ya se pensaba en erigir un monumento que perpetuara nuestra memoria, la del malogrado Raoul y la del doctor Berjus, cuyo caballo, espantado con el estruendo de la batalla, se introdujo en las líneas mexicanas, causando la muerte de su dueño.

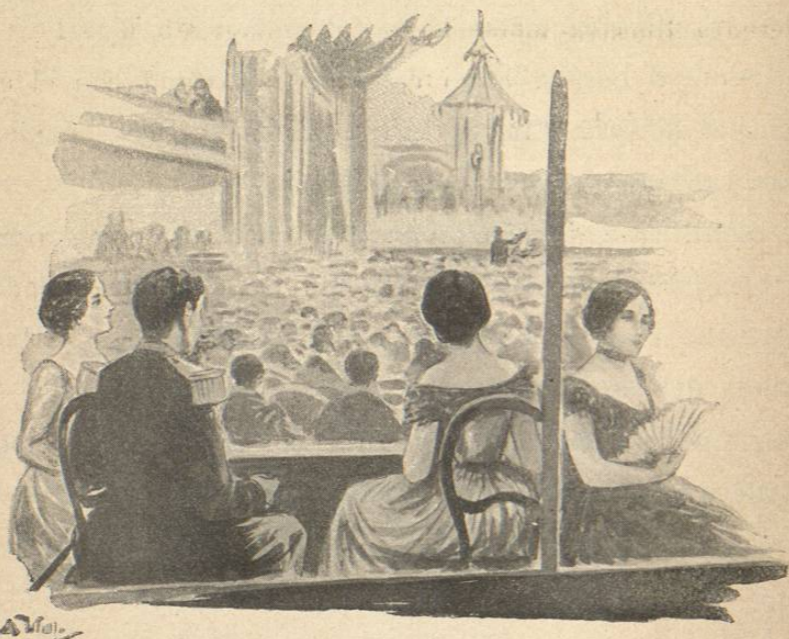
»Aquí tenemos dos diversiones que nos hacen agradables las pocas horas en que no tenemos los cuidados del campamento: la música y el teatro. La maravillosa banda del 99, formada por artistas de corazón, que se deleitan deleitándonos y gozan con nuestro placer, toca tarde á tarde y noche á noche en la plaza de Orizaba. ¡Qué conmovedor espectáculo el de esos pobres cadáveres (que no son otra cosa los harapos que han dejado el vómito y la malaria) arrastrándose hasta un asiento, oír embebecidos las armonías que arranca la batuta del maestro, y luego llorar, gritar, aplaudir, encantarse, ya ante el aire de la provincia nativa, ya ante el himno que recuerda las victorias del gran ejército, ya ante la canción picaresca del *cabaret* ó la cantina!

»El teatro os divertiría más quizás. Representan, naturalmente, hombres vestidos de mujeres en un pre-



cioso escenario pintado y construído por nuestros hombres.

»Se han representado las piececillas *La Permission des dix heures*, *Michel et Christine* y otros varios apropósitos que nos han distraído grandemente; pero lo que ha constituido el *clou* de la temporada, ha sido la obrilla *Fich-*



*ton-kan*, que, como podéis comprender por la ortografía, acontece en China, dentro del Palacio del mismo Hijo del Cielo. Deciros los ensayos que ha necesitado, los preparativos minuciosísimos de que ha sido objeto, las preocupaciones que á todos nos ha causado, sería cuento de nunca acabar. Tibores, linternas, palanquines, decoraciones, vestuario, calzado, todo ha sido fabricado

exprofeso con un primor tal, que asombraría á un *sociétaire* de la Comedia Francesa... ¡y contando con los recursos que puede proporcionar Orizaba!

»El día de la *première* de *Fich-ton-kan* llenaba el teatro la aristocracia del lugar; el escenario era un ascua de oro; la sala y los palcos estaban ocupados por lindísimas criollas. Apareció la charanga del segundo de zuavos: los músicos iban disfrazados de chinos; chinesca era la decoración, chinescas las cestas llenas de flores, chinesco el surtidor de agua que llegaba hasta mojar las bambalinas... La representación empezó. Todo el mundo aplaudía, todo el mundo encontraba aquello encantador é ingeniosísimo; mas he aquí que la dificultad, el drama interior, el verdadero drama, brotó entre bastidores. Un chico graciosísimo, gran cantante y excelente actor, llegó al teatro borracho perdido...

»— Pero ¿qué has hecho, infame? gritaba el director de escena. ¡Embriagarte en este día!

»— No, mon maître, decía el *ajumao*: nada tengo; apenas estoy un poquito *alegre* (*joyeux*).

»Y como no había de quién echar mano, el regocijado actor tuvo que salir á las tablas, causando la mortificación de los organizadores de la fiesta... Mas ¡oh sorpresa! el borrachín estuvo tan oportuno, tan discreto, tan despejado, tan gracioso, que obtuvo diez veces más aplausos que habría conquistado yendo *en su juicio*.



»Desde ese día no se llama al *Talma colonial* sino el *Alegre* (Joyeux).

»Para el fin reservé una noticia que no ha de seros grata por más que á nosotros nos haya puesto contentos: acaba de desembarcar el general Félix Douay con dos mil franceses que forman la descubierta de un cuerpo de veinticinco mil que manda el general Forey, que trae al intendente Friant como jefe de administración, un cuerpo completo de exploradores, servicio de trenes, mulas, botiquín y todo lo demás que se puede necesitar.

»Sobrará, pues, oportunidad de que me demostréis de nuevo vuestra hidalguía ó de que yo os pague vuestras bondades.

»Entretanto, aceptad, etc...

»CHARDON (NICOLÁS).

»Segundo batallón de Zuavos.

»Orizaba».



## CAPITULO VII

### Por las iglesias

Los primeros días de separación, fueron para Eugenia como el acabóse. Su energía y su entereza empezaron á flaquear, sintió deseos de encerrarse por mucho tiempo en su cuarto y acabó por sufrir grandes crisis de lágrimas, seguidas de enorme sedación que le producía sueño preñado de inquietudes, y al fin hambre deveradora que la impulsaba á comer cuanto le caía á la mano. Así se reparaba un poco.

Vacas y Sedeñas acudían solícitas á consolarla, haciéndola notar que si Miguel había sido de vida después del *fiebrón* que le había atacado, era que Nuestro Señor le destinaba para grandes cosas, cuando menos para alcanzar largos y venturosos años.

Eugenia no hacía caso de su persona. Pálida, ojerosa, sin ánimo, pasaba los días envuelta en un peinador,